



BOLETIN DE LOS SEÑORES

DEL

OBISPADO DE LEON.

Juntas generales de las Conferencias de S. Vicente de Paúl, celebradas en los dias 8 y 9 de este mes, bajo la presidencia del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de esta Diócesis.

Ya en otras ocasiones hemos tratado de los grandes beneficios que prestan á la religion y á la sociedad las conferencias de S. Vicente de Paúl. Ahora mas que nunca se necesita oponer al egoismo de nuestro metalizado siglo el ardiente fuego de la caridad que excita la abnegacion y los sentimientos mas nobles y piadosos. Gracias al Señor, no faltan personas animadas de este fuego, las que al mismo tiempo que trabajan en la santificacion de su alma, llevan á las bohardillas de los pobres con la limosna temporal, los consuelos y los beneficios de la religion. Bajo ambos conceptos las conferencias de S. Vicente de Paúl están siendo unos admira-

bles instrumentos de que se vale la Divina Providencia para detener los estragos gangrenosos del indiferentismo en religion, y de esa sed insaciable de intereses y de goces materiales, que devora á las sociedades modernas.

Bien quisieramos publicar en este Boletín la Memoria leida en la Junta general de la Conferencia de Señores, celebrada el dia 8 bajo la presidencia de S. E. I. y la que con igual motivo se leyó en la Junta general de la Conferencia de Señoras que tambien se dignó presidir S. E. I. el dia 9. Ambos documentos ofrecen elocuentes pruebas de los grandes bienes que hacen las conferencias de S. Vicente de Paúl. En las Memorias de esta clase se refiere cuánto ha ocurrido de mas importante desde la última Junta general, y este resumen es siempre muy interesante. Entre los actos notables de que se dió cuenta mere-

ce mencionarse el generoso desprendimiento del Sr. D. Dámaso Merino, que siguiendo el ejemplo de su buen padre (q. e. p. d.) renuncia todos los años á favor de la Conferencia de Señoras el importe de todos los muchos medicamentos que se suministran á las familias pobres, cuando las enfermedades vienen á hacer mas aflictiva su situacion. Oimos tambien con vivo placer, que el Director de la Conferencia de Señores recibió en una ocasion por el correo interior un billete de banco por valor de 500 rs. con un papel en el que solo se leian estas palabras: *para los pobres*. Quién nos dirá el nombre de este generoso bienhechor? Los mortales le ignoran. Pero no importa, aquel nombre escrito está en el cielo con caracteres indelebles de oro, y los ángeles le repiten en sus melodiosos cánticos.

Otra persona en sumo grado caritativa encargó en este mismo año al Director de este Boletín la distribucion de treinta mil rs. entre los establecimientos de Beneficencia y las familias adoptadas por las Conferencias de S. Vicente de Paúl y otras no menos desgraciadas. ¡Ah! cuántas necesidades fueron socorridas, cuantas lágrimas enjugadas con aquel cuantioso donativo! Muchas de las pobres al recibir las sábanas, camisas y vestidos de que tenían grande necesidad, creían que era aquello un sueño: era preciso instarlas para que se atreviesen á recoger tan extraordinaria limosna, y cuando derramando abundantes lágrimas de gozo nos suplicaban de rodillas que les digéramos el nombre de la persona caritativa á quien debían aquellos socorros, contestábamos en medio de la mas viva con-

mocion: ese nombre es un secreto que no podemos revelar: eso no impide que Vds. pidan á Dios por la persona bienhechora.

Volviendo á las Juntas generales de las Conferencias de S. Vicente de Paúl, es indudable que contribuyen grandemente á reanimar el celo de los socios, proporcionando la mejor ocasion para interesarse por los pobres y para obtener en fin una colecta crecida. Lo fué efectivamente la de ambas Juntas, habiendo salido 1.999 rs. 50 cénts. en la de Señores y 1.205 rs. en la de Señoras, cuya Conferencia es menos numerosa.

La presencia del Prelado en estas Juntas además de producir un considerable y conocido aumento en la colecta, es vivamente deseada por las edificantes palabras que salen de sus autorizados lábios; que á la verdad nadie puede hablar mejor el lenguaje de la caridad que quien practica en tan alto grado esta hermosa virtud.

Era sin embargo material y moralmente imposible que S. E. I. exhortase de viva voz á las Conferencias, atendido el delicado estado de su salud. Encargó pues S. E. I. á su Secretario la lectura de la exhortacion dirigida á la Conferencia de Señores, y el Director de este Boletín, en concepto de Presidente de Honor de la Conferencia de Señoras, leyó la que á continuacion insertamos dejando para el número próximo la primera, que es mas estensa.

«El que siembra poco, no puede prometerse una cosecha abundante. El que siembra mucho es el que puede esperar la recoleccion de una cose-

cha abundante y colmada. El pobre es el campo de vuestra sementera mis amadas socias. Quanto mas sembréis en este campo fertilísimo, mayores y mas colmados frutos de bendicion recogereis al tiempo de la siega. El estado de las familias pobres socorridas desde la última Junta general, que acaba de leerse, es un comprobante de vuestro trabajo y vuestro esmero en la sementera de este campo. Yo me complazco mucho en esta vuestra solicitud. Séame lícito sin embargo preguntar, ¿eso que sembráis es lo bastante para recoger una cosecha abundante? Esa mano que abris para depositar el grano en la colecta, se abre tanto, quanto permiten vuestras facultades temporales. A estas preguntas únicamente puede dar una respuesta adecuada y cumplida el testimonio de nuestra conciencia. Este Juez severo que tenemos dentro de nosotros mismos os dirá, si con las limosnas que haceis satisfacéis cumplidamente á las deudas contraídas con la Justicia Divina. Este mismo Juez os dirá si en el socorro de los pobres invertis todo el sobrante de vuestras facultades temporales, despues de cubiertas las necesidades verdaderas de vuestra condicion y estado. Yo me limitaré á manifestaros en breves y sencillas palabras la eficacia infinita que tiene la limosna para limpiar y purificar nuestra conciencia, para redimir nuestros pecados, y para asegurarnos una recompensa eterna de frutos de bendicion. De estos preciosos y saludables efectos sale garante el mismo Jesucristo en aquellas sentidas palabras que dijo á los Fariseos: *dad limosna, y todas las cosas son limpias para vosotros.* Así como

el agua apaga el fuego, y apagándole le destruye; así la limosna oponiéndose á la malicia del pecado, le destruye y le hace desaparecer del alma manchada, reduciéndola á una perfecta limpieza. No quiere esto decir que la limosna por sí sola perdona los pecados y limpie y purifique el alma manchada con culpas graves. Bien sabido es que el pecado mortal solo se perdona por la contricion perfecta ó por la Confesion Sacramental con dolor de atricion. Lo que quiere decirse es que la limosna hecha en debida forma nos alcanza del Señor la gracia que nos conmueve y escita á la penitencia, con la cual conseguimos la remision de nuestras culpas. Por eso se dice bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Sabido es tambien que obtenido el perdon de nuestros pecados por la Confesion Sacramental hecha con las disposiciones debidas, quedamos libres de la pena eterna merecida por ellos; pero esta pena se conmuta en pena temporal, que debemos sufrir en este mundo ó en el Purgatorio. Son muy pocos los que despues de su muerte no descienden á este lugar de expiacion, y la menor pena que en él se padezca no tiene comparacion á lo mas con los mas terribles tormentos que se padezcan en este mundo. Debemos, pues, procurar por todos los medios convenientes que se limpie y purifique mientras vivimos, todo lo que haya manchado en nuestra alma, para que no necesite ser purificada por el fuego del Purgatorio. Tambien la limosna es uno de estos medios convenientes, y tiene eficacia infinita para purgar y redimir nuestros pecados. La limosna es un bálsamo

saludable que cura todas las enfermedades del alma, y la preserva de contraer otras nuevas. Con la limosna se da un testimonio práctico de que se ama al prójimo en Dios, y con este amor se ha cumplido la ley, porque la caridad es el complemento y perfección de la ley. Aman-do al prójimo, amamos á Dios, esta-mos en Dios, y Dios está con noso-tros. Ved, pues, mis amadas socias, cuan grande es el mérito de la li-mosna, y cuan cierto es que dando limosna, todas las cosas son limpias para vosotras. Ved también, cuán cierto es que el pobre es un campo fertilísimo, en el cual cuanto mas se siembra mas abundante cosecha de frutos de bendición se ha de co-ger al tiempo de la recolección. El tiempo de la sementera es el mo-mento en que abris vuestra mano para depositar el grano en la colec-ta: es también el momento en que vais á distribuir el producto de la colecta, y le depositais en las manos de los pobres. Esta segunda semen-tera es algunas veces molesta y laboriosa; porque teneis que arrós-trar las incomodidades de calles in-mundas, pasos difíciles, molestias del temporal, y el aspecto nada agradable de las estancias de los pobres. Sirvaos de consuelo al hacer esta clase de sementera, que escrito está que los que siembran con lágrimas recogerán con alegría, y que los que al ir á sembrar van llorando, al volver vendrán con gozo, carga-dos con los preciosos frutos de su trabajo. Toda nuestra vida sea una sementera con lágrimas para que al volver, es decir, al llegar á las puertas de la eternidad, entreis en las mansiones de gozo y alegría de los justos. Así os lo deseo con toda mi

alma, mis amadísimas socias, y en-prenda de este mi ardiente deseo os doy mi santa bendición en el nom-bre del Padre, del Hijo y del Espíri-tu Santo.»

DISCURSO

DEL R. P. LACORDAIRE SOBRE EL LUJO.

Invitado este célebre religioso á usar de la palabra en una junta ge-neral de la Sociedad de S. Vicente de Paul, (la que se celebró en París el día 8 de Mayo de 1851), pronunció un discurso sobre el lujo, de que el Beletín de dicha sociedad en Fran-cia publicó el siguiente extracto. Nos parece que con dificultad se puede presentar un conjunto de ideas mas interesantes, y por des-gracia de mayor aplicacion para nuestro pais, en que tanto va pene-trando ese funesto y malhadado lujo que caracteriza á la época actual.

«El lujo es lo inútil. Dios, que na-dá ha hecho inútil, y que lo ha he-cho todo barato ha permitido que el hombre haga muchas cosas inútiles y muy caras. Lo necesario cuesta poco; y la memoria misma que se acaba de leer prueba que se puede hacer comer á un pobre en París por quince céntimos (cuatro cuartos). Eso consiste en que es preciso que el pobre coma, y por eso se le puede hacer comer barato. Pero lo inútil no suele hacerse barato. Así que un hombre llega á ser mas rico que su vecino, su primer deseo no es preci-samente el de comer mejor que el tal vecino, sino el de tener cierto número de adornos inútiles. Hoy

dia no se sabe decorar de otro modo el parage donde se habita. Entre- mos en una sala: lo que mas llama la atencion es una multitud de ob- jetos que no sirven. Es el chinero, mueble cargado de una infinidad de cositas inservibles y costosas. Cada año se aumentan, y cada dia se gas- ta una hora en limpiar con un plu- mero que quizá cuesta tambien muy caro, todas aquellas frivolidades, de las que nadie puede decir para que sirven, ni los que las venden, ni los que las compran, ni los que les quitan el polvo. He aqui el lujo. Es fácil burlarse de él; pero tambien hay que deducir de aqui pensamien- tos serios, pues no hay en el mundo cosa que Dios haya maldecido mas que el lujo, ni á que haya destinado castigos mas terribles.

»El lujo es la ruina de la limosna, la ruina de las familias, la ruina de las sociedades.

»El lujo es la ruina de la limosna porque agota sus manantiales. Yo no pido que por favor á los pobres se renuncie á lo necesario: concedo al rango lo que constituye la dife- rencia de los rangos; y no condeno lo que es útil y conveniente. Se ne- cesita tener camas, sillas y aun si- llones, si se quiere; pero todas estas cosas están medidas por las exigen- cias del cuerpo humano. Tienen sus límites en las necesidades que Dios ha querido que sintamos. Pero las necesidades que Dios no ha que- rido, aquellas que nuestra va- nidad nos ha creado no tienen lími- tes; y estas son las que no nos per- miten sacar de nuestros bienes la parte que debemos á los indigen- tes; estas son las que, no solo consu- men lo superfluo, sino que acaban por devorar los patrimonios.

»Pues el lujo es tambien la ruina de las familias. Todos, ó casi todos nosotros somos pequeños propieta- rios, y estamos espuestos á serlo cada vez mas pequeños. No habien- do nada que pueda detener la mul- tiplicacion de las clases que viven con comodidad, las herencias han de irse dividiendo cada vez mas y mas; y el aumento del lujo corre pa- rejas con la disminucion de las for- tunas. Recordemos como se vestía, se alimentaba y se alojaba la gene- racion de nuestros padres; mirémo- nos despues á nosotros; la diferencia es espantosa. Alli donde el padre vivió feliz con un cuarto que servia á la vez de dormitorio, de sala y de comedor y con una mesa en que el vino tinto ordinario era el regalo de los dias de fiesta, el hijo, que ocupa la misma posicion social, se consume de tedio en salones rica- mente amueblados, y en una mesa cuyos goces no bastan á animar cinco ó seis diferentes clases de vi- nos. ¿Cuánto creen Vds. que podrá durar esto? Vds. economizan poco. Sus hijos, sino tienen talento (¿y quién puede asegurar que lo ten- drán?) no harán mas que comerse las pocas economías que encuen- tren; á la tercera generacion ten- drán Vds. por herederos algunos po- bres de solemnidad.

»En fin, el lujo es la ruina de las sociedades. La mayor parte de los economistas no me perdonaria esta proposición porque voy contra todos sus asertos. Y no es esto decir que niegue yo las matemáticas; pero no olvido la historia, y la historia prue- ba que las naciones corrompidas han caído por las riquezas. No es preci- so recurrir al cristianismo; el buen sentido de los paganos nos enseña

que las antiguas virtudes vivieron con la antigua pobreza, en aquel tiempo en que Cincinato guiaba el arado con sus manos consulares. Pero cuando Roma se corrompió con los despojos del universo; cuando los baños de los Césares, con sus miles de asientos de mármol, no bastaron á la molicié del pueblo-rey; cuando los hijos de aquellos guérreros que habian soportado los ardores y los hielos de todos los climas, no pudieron aguantar el sol del Foro, entonces el imperio se perdió. Vinieron los bárbaros, hombres vestidos con pieles de cabra y de lobo, y barrieron aquella raza degenerada, que no sabia ya mas que ostentar pajitas de oro en pechos que habian sido los pechos de los romanos.

«Nos hemos de reducir, pues, dirán Vds., á la sopa negra de los esparciatas, y renunciar á toda grandeza y á toda alegría?»

«Señores, el lujo no forma la grandeza. Una catedral no es una obra de lujo; y es bien grande. De 20 años á esta parte, la voluntad de Dios me ha llevado muchas veces á Roma; he tenido muchas veces el honor de entrar en la habitacion de los papas, en el Quirinal, en el Vaticano; y en los 20 años no he visto allí un solo mueble nuevo, ni mas cambio que el siguiente: los asientos de madera en que estaba escrito el nombre de Gregorio XVI se han vuelto á pintar para escribir el de Pio IX. Y sin embargo, todo el universo conviene en que no hay nada mas grande que el Vaticano y el Quirinal. Durante ese tiempo, el último vecino de Paris ha mudado de muebles tres veces pero en cambio su habitacion es estrecha, y todo en ella está indicando la afectacion y

la mezquindad; nada elevado, nada grande, nada profundo. Si Vds. amasen mejor á sus hijos, querrian dejarles sus muebles como nuestros abuelos nos dejaban los suyos para que algun dia pudiese decir el hijo, mostrándolos con emocion: «Este es el sillón en que se sentaba mi padre!»

«El lujo no da alegría. Los goces del lujo se han hecho para los entendimientos obtusos. Vuelvo á decir que no quiero la confusion de los rangos, pero cuando se puede llevar un frac de 100 francos, llevar uno de 200 por vanidad, me parece un placer detestable.

«Lo que distingue los rangos, lo que caracteriza las diferencias convenientes, es el gusto. Vds. ven personas que han ocupado una posicion social elevada, y ahora son pobres; pero con el gusto saben llevar noblemente su pobreza. La alegría no frecuenta las mesas servidas con profusion, esas grandes mesas de que no se suele uno levantar contento, ni aun satisfecho; pero hace los honores de la comida en la casa del cura de aldea. No conozco nada mas agradable que la comida de un cura de lugar: allí se encuentra todo lo que constituye el verdadero placer; allí se encuentra el corazon, la generosidad sincera; y sin embargo, ¿qué es un cura de lugar? Un hombre que tiene 800 francos de renta y dos gallinas en el corral. ¿Qué es un fraile? Hoy dia no es ya un recuerdo ó una abstraccion; Vds. los tienen á su vista: es un hombre cuyo traje cuesta 48 francos y dura tres años; un hombre que se priva de todo; un hombre que vive con muy poco. Esto es lo que hace la fuerza de la Iglesia. La Igle-

sia ha sido muy rica, se ha vuelto muy pobre; y por eso no deja de ser mas fuerte aun. Las sociedades que no saben privarse del lujo perecen, porque el lujo cuesta caro. Pero el cristiano vive siempre, porque vive con lo necesario, que cuesta poco; le basta un pedazo de pan y un plato de verdura. Las naciones corrompidas por la opulencia acaban tarde ó temprano; pero el cura de aldea con su Breviario debajo del brazo y el fraile con su palo en la mano, si es viejo y necesita palo, siguen su camino; y siempre se están viendo.

»Ustedes no se salvarán sin esta condicion. Vds. no podrán librarse de los peligros de estos tiempos sino por medio de la sencillez y de la virtud. Esto es lo que el Evangelio nos enseña. Y ahora, si cada uno de Ustedes, al volver á su casa esta noche, examinase su lujo y se preguntase: «¿Qué tengo yo que sea inútil? se asombraría de lo mucho que puede dar á los pobres. Y al privarse de lo inútil para dar á los pobres lo necesario, haría mas bien que si escribiese el mejor libro del mundo; pues como decia un sabio, el mejor libro no vale tanto como la menor de las buenas acciones. Penétrense Vds. de estas verdades, severas á pesar del tono festivo con que las he enunciado, propio de la cordialidad de esta reunion, y cuya prueba he encontrado en el relato tan piadoso y tan bello que acabamos de oír.»

MISIONES DE LA COCHINCHINA

Carta del Ilmo. Señor Sohier, obispo de Gadara y coadjutor de la Cochinchina Septentrional, á Mr. Albrand, superior del Seminario de las Misiones Estrangeras, en París.

CONTINUACION.

Desgraciadamente nos hallamos sin recursos, lo que me tiene en una perplejidad continua. Aun no contando los gastos particulares de los cristianos, que seria difícil valuar, hemos gastado este año mas de veinte mil francos á consecuencia de la persecucion; he pedido prestados unos diez mil francos, que pronto estarán agotados: hoy no sé á que puerta llamar, pues nuestros cristianos son pobres y están arruinados; á menos de pedir prestado á los paganos el cincuenta por ciento. No sé cuando nos llegarán auxilios de nuestras procuras de Hong-Kong y Singapur. He dado orden para vender los campos que nos quedan de las misiones; cuando su importe esté consumido, mandaré fundir los vasos sagrados; y yo mismo me vendería con gusto si alguno quisiese comprarme, á fin de poder socorrer á nuestros pobres cristianos; y poner á cubierto su fé; pues es imposible ser testigo de sus tribulaciones sin enter necerse hasta derramar lágrimas.

A vista de este cuadro sumario de nuestras tribulaciones, fácilmente podreis conocer, carísimo compañero, cuán difícil es ejercer el santo ministerio entre nuestros neófitos que tanta necesidad tendrían, en estos tiempos de prueba, de ser alimentados con el pan de la palabra de vida y fortificados con la gracia de los sacramentos. Por eso nuestros catálogos van siempre disminuyendo. Aun no he recibido los de todos nuestros sacerdotes, á causa de la dificultad de las comunicaciones, y por eso no puedo enviaros el estado. Dispensadme este retraso involuntario.

Nuestro clero es el mismo que el año pasado, pues no he hecho ordenación ninguna. Uno de nuestros sacerdotes ha fallecido; otros dos han sido presos, pero les han soltado mediante una gratificación antes de haber sido entregados á los mandarines. Mr. Choulex sigue siempre en cama, hace ya mas de tres años, y habita en una cabaña que mas parece un sepulcro que una habitación. Mientras permanezca en este pais insalubre, careciendo de tantas cosas, le será muy difícil recobrar su salud. Hace mucho tiempo que busco los medios de mandarle á Singapour, en que el cambio de clima y mejores médicos producirían su cura; pero nos hallamos tan estrechamente bloqueados, que no ha si-

do posible aun llevar á cabo este proyecto.

Mr. Barlier, no pudiendo permanecer en su misión, ha venido á refugiarse en mi choza á Ké-Sen á fines de Febrero. No nos hallamos aqui muy seguros, antes vivimos en una alarma continua; pueden prendernos de un dia á otro; y sin embargo, permanecemos siempre en nuestro puesto, pues no tenemos otro asilo, á menos de llevar nuestros huesos á las montañas. Hace mucho tiempo que no tenemos noticias del Ilmo. Sr. Pellerin, é ignoramos todavia cuando su Ilma. podrá entrar en su desconsolada misión con los nuevos compañeros que le sigan.

(Se continuará.)

OBRA

DE LA

SANTA INFANCIA.

Sr. D. B. R. (Leon) Recíbida la lista de las series formadas en esa parroquia.

Sr. D. R. C. (Leon) Id. id.

(Se continuará.)